

LA CONQUISTA DE LA “V D”

Por Jorge Sans-Vila,
Catedrático emérito de Teoría
de la Educación en la Universidad
Pontificia de Salamanca

Hace tiempo publiqué: «Carta a un neo-educador sobre bibliografía pedagógica» [Seminarios 33(1967)599-612]. Naturalmente citaba libros. Diez. Y los comentaba. De G. Mosca, *Jardín de añoranzas*, decía:

PROBABLEMENTE este libro esté agotado. Pero así y todo lo incluyo en la lista, porque hay que leerlo. Sea como sea.

El título original es Ricordi di scuola, mucho más exacto que el de la traducción.

Un maestro de primaria cuenta sus andanzas, pequeñas-grandes aventuras en el espacio inmensamente grande de su pequeña clase.

Es posible, y desgraciadamente probable, que alguien opine que este libro es romántico, infantil, rosa. Bueno, todo el mundo puede opinar. Para mí el libro es realmente estupendo. Tanto es así que opino

que a aquellos a quienes no guste tendrían que ir urgentemente a un oculista. De corazón, claro está.

¿Libro para niños? No. Los niños lo encontrarían aburridísimo. Porque dice cosas «ordinarias». Ordinarias para ellos, pero desgraciadamente olvidadas por los «mayores». Y más por quienes viven en casas grandes, con paredes desnudas y calendarios escolares en los que no consta qué día empieza la primavera.

¿Agotado en 2008? Pues, no. Hace un mes lo vi en una librería de Roma. Inmediatamente compré cinco. Y los regalé.

Transcribo el segundo capítulo. ¿Por qué? «La rosa no tiene por qué» (A. Silesius)

Veinte años tenía cuando, llevando en el bolsillo del pecho la credencial de Maestro Provisional y sobre el bolsillo apretada la mano –¡tanto era mi temor a perder aquel papel tan anhelado!– me presenté en la escuela señalada y pregunté por el Director.

El corazón me daba fuertes latidos.

– ¿Quién es usted?, me preguntó la Secretaria. A esta hora, el Director sólo recibe a los Profesores...

– Soy... soy... precisamente el nuevo maestro, dije, y le mostré la credencial.

La Secretaria, a regañadientes, entró a ver al Director, el cual, poco después, salió, me vio y se llevó las manos a la cabeza.

– ¿Pero qué hacen, gritó, en la Sección de provisión de escuelas? Me mandan un muchachuelo cuando lo que yo necesito es un hombre con cara grave, bigotes y barbas de «sacamantecas», capaz de meter en cintura a cuarenta demonios desencadenados. ¡Y, por el contrario, se les ocurre mandarme un adolescente! Apenas lo vean, se lo comen.

Luego, comprendiendo que aquello era exactamente lo inverso de infundirme valor, bajó el tono de voz, sonrió y, dándome una palmada sobre la espalda:

– ¿Tiene usted veinte años?, dijo. Eso creo, pues si tuviese menos no le habrían nombrado; pero no aparenta ni dieciséis. Más que un maestro, parece usted un alumno de la quinta clase que hubiese repetido curso unas cuantas veces. Y esto, no se lo ocultó, me preocupa mucho. ¿No será un error de la Sección? ¿Está escrito precisamente «Escuela Dante Alighieri»? ¡Pues que Dios le proteja, exclamó el Director. Son muchachos que nadie hasta hoy ha podido domar. Cuarenta diablos organizados, armados, con un jefe que se llama Guerreschi; el último maestro, anciano conocido por su autoridad, se marchó ayer llorando y ha pedido el traslado...

Me miró a la cara con desconfianza

– ¡Si al menos tuviera bigotes!, murmuró.

Hice un gesto, como para decirle que me era imposible tenerlos, porque no me crecían.

– Venga usted dijo, alzando los ojos al cielo.

Recorrimos un largo pasillo, flanqueado de clases: IV D, V A... V B... V C... V D...

– Es aquí donde debe entrar, me indicó el Director, deteniéndose ante la puerta de la «V D», de la que nos quedaríamos cortos si sólo dijéramos que salía ruido: se oían gritos, crepitar de perdigonazos sobre la pizarra, disparos de pistola a granel, cánticos, trájín de bancos arrastrados...

– Me parece que construyen barricadas, dijo el Director

Me apretó fuertemente un brazo, se marchó para no ver y me dejó solo ante la puerta de la «V D»...

Si no hubiese anhelado durante un año aquel nombramiento, si no hubiese tenido una enorme necesidad de aquel sueldo para mí y para mi familia, de seguro me habría marchado a la chita callando, y aun hoy, probablemente, la «V D» del grupo escolar «Dante Alighieri» estaría esperando su domador; pero era el caso que mi padre, mi madre y mis hermanos esperaban impacientes -en la mano los tene-dores y los cuchillos-, que yo llenase sus platos vacíos; por eso abrí aquella puerta y entré.

De pronto, silencio. Lo aproveché para cerrar la puerta y subir al estrado. Sentados en los bancos, tal vez sorprendidos de mi aspecto juvenil, sin saber aún bien si yo era un muchacho o un maestro, cuarenta chicos me miraban amenazadoramente. Era el silencio que precede a las batallas.

Fuera, la primavera; los árboles del jardín se habían adornado con las primeras hojas verdes, y los ramos mecidos por el viento acariciaban los cristales de las ventanas.

Cerrando los puños, me sobrepuse a mí mismo para no decir nada: una sola palabra habría roto el encanto, y yo debía esperar, no precipitar los acontecimientos.

Los muchachos me asaeteaban con la mirada, y yo a mi vez, los miraba a ellos como el domador mira a los leones. Inmediatamente comprendí que el Jefe, aquel Guerreschi de que me había hablado el Director, era un muchacho de la primera fila -menudo, cabeza rapada, dos dientes menos y ojillos pequeños y feroces- que cambiaba de una mano a otra una naranja y me miraba a la frente.

El momento había llegado.

Guerreschi lanzó un grito, apretó la naranja con la mano derecha, echó atrás el brazo y tiró la fruta. Yo agaché levemente la cabeza, y la naranja fue a estrellarse contra la pared. Primer fracaso: era quizá la primera vez que Guerreschi erraba el tiro, además, yo no me había asustado, no me había inclinado: me había desviado apenas lo estrictamente indispensable.

Pero la cosa no había terminado aquí.

Encorajinado, Guerreschi se puso de pie y me apuntó con su tirador de goma roja cargado de bolas de papel empapadas en saliva.

Era la consigna: casi simultáneamente se pusieron en pie los otros treinta y nueve, apuntándome a la par con sus tiradores, si bien éstos eran de goma corriente, no roja, porque éste era el color del Jefe.

El silencio se había hecho más intenso.

Las ramas de los árboles seguían acariciando dulcemente los vidrios de las ventanas. Se oyó de pronto,



agigantado por el silencio, un zumbido: un moscardón acababa de entrar en la clase; él fue mi salvador.

Vi cómo Guerreschi seguía mirándome con un ojo mientras con el otro buscaba al moscardón; y los demás hicieron lo mismo hasta que lo descubrieron.

Comprendía, entonces, la lucha que se libraba en aquellos corazones: ¿el maestro o el insecto?

¡Tanto puede la vista de un moscardón sobre los chicos de las escuelas primarias!

Yo sabía bien la fascinación que produce este insecto: estaba muy reciente mi época escolar, y tampoco yo lograba permanecer completamente insensible en presencia de un moscardón.

De pronto, dije:

– Guerreschi (el muchacho quedó sorprendido de que yo conociese su nombre), ¿te sentirías capaz, al primer golpe de tiragomas, de derribar aquel moscardón?

– Es mi especialidad, contestó con una sonrisa.

Un murmullo corrió entre los compañeros.

Las hondas apuntadas hacia mí se abatieron de repente, y todos los ojos se clavaron en Guerreschi, que salió del banco, miró al moscardón, lo siguió con la vista, masticó la bolita de papel y... ¡zas!... casi rompió una lámpara; pero el moscardón siguió tranquilo, zumbando como un aeroplano.

– Dame el tiragomas, dije.

Masqué seguidamente un trozo de papel, hice de él una bolita y, con la honda de Guerreschi, enfilé al moscardón. Mi salvación, mi futuro prestigio, estaban enteramente pendientes de aquel golpe.

Esperé un rato antes de tirar. «Acuérdate, me dije a mí mismo, de cuando eras alumno y ninguno te superaba en el arte de abatir moscardones».

Después, sin, mover la mano, solté el elástico... El zumbido cesó de repente Y el moscardón cayó muerto a mis pies.

– El tirador de Guerreschi, dije, volviendo inmediatamente a mi sillón y mostrando la goma roja, helo aquí en mis manos. Ahora espero los demás.

Se elevó un rumor que era más de admiración que de hostilidad. Y uno por uno, con la cabeza gacha, sin atreverse a sostener mi mirada, desfilaron los muchachos ante mi mesa, sobre la que cuarenta hondas se encontraron en seguida amontonadas.

No cometí la torpeza de hacerles ver que saboreaba el triunfo. Con toda calma, como si nada hubiese ocurrido:

– Comencemos con los verbos, dije. ¡Guerreschi, a la pizarra!

Le entregué la tiza y empecé a dictar:

– Yo soy, tú eres, él es...

Y así hasta el participio pasado, mientras los chicos, dóciles, copiaban en los cuadernos, con bella caligrafía, cuanto Guerreschi, jefe vencido y derrocado, estaba escribiendo en la pizarra.

¿Y el Director?

Temiendo, dado el insólito silencio, que tal vez yo hubiese sido hecho prisionero y amordazado por los cuarenta diablos, acabó por entrar en clase... y fue un milagro que pudiera sofocar un grito de asombro.

Más tarde, cuando ya habían marchado los muchachos, me preguntó cómo me las había arreglado, pero hubo de contentarse con una respuesta vaga.

– He ganado sus simpatías, señor Director.

No le podía decir que había matado un moscardón con un golpe de tiragomas. Esto no entraba en los métodos didácticos previstos por las teorías y los reglamentos. Ni Lambruschini, ni Aporti, ni Lombardo-Radice, aluden en sus volúmenes a la «caza del moscardón» por los maestros.